

# SUBJETIVIDADES INFANTILES DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA A TRAVÉS DEL ANÁLISIS TEXTUAL DEL CUENTO COLOMBIANO (1950-2010)

Cristian Palma

Universidad Nacional de Colombia

## Resumen:

**A través del análisis de las representaciones de la infancia en el cuento colombiano de los últimos cincuenta años se busca en esta investigación dar cuenta de formas de construcción de subjetividades infantiles, entendiendo estas como articulaciones de sentidos subjetivos, articulados por elementos simbólicos y emocionales de origen social, que configuran formas de pensar, de sentir, de relacionarse en las prácticas cotidianas dentro de contextos sociales específicos (González Rey, 2006). Es así como mediante el análisis textual de Barthes y Ricoeur, se exploran en 20 cuentos colombianos de distintas décadas y regiones las categorías subjetividad individual y subjetividad social, para dar cuenta de cómo en estos relatos se representan sentidos subjetivos y subjetividades que hablan de cómo se ha venido transformando la vivencia de la infancia en el contexto de la violencia en Colombia durante los últimos cincuenta años.**

**Palabras clave:** Infancia, Subjetividad, Sentidos subjetivos, Análisis textual, Violencia.

## Introducción

La violencia social y armada en Colombia ha generado un contexto de relaciones en el que se cruzan la violencia política y la guerra psicológica en procesos materiales y

simbólicos que producen formas de relación intersubjetivas e intrasubjetivas mediadas por la violencia como eje central de producción de sentido acerca del otro y de sí mismo. La historia colombiana ha estado atravesada por estos procesos que han configurado nuestras subjetividades como actores de la violencia, tanto quienes han vivido la guerra directamente, como quienes hemos crecido en un clima de promoción de la violencia desde los medios de comunicación principalmente pero también por otras mediaciones de nuestra vida cotidiana, como la familia, la escuela, grupos de pares y otras relaciones cercanas. Es así como desde niños se han instituido en la vida cotidiana de todos “formas de relación basadas en el miedo, la hostilidad, la venganza, el odio y la desesperanza” (Fals Borda, 1962, pg. 374) que se han convertido en núcleos de nuestra cultura y a través de los cuales hemos incorporado “consciente o inconscientemente una serie de patrones de comportamiento mediatizados por el uso de la fuerza para eliminar y/o invisibilizar la diferencia (Barrero, 2006, p. 64). A través de los símbolos, los rituales cotidianos, los juegos, las producciones simbólicas, la infancia ha recreado esas relaciones violentas que han construido en nuestro contexto unas infancias “hiperrealizadas y desrealizadas” (Narodowsky,1999) que se ubican en las márgenes de la representación de la infancia producida por la modernidad, generando nuevas formas de subjetivación infantil que frente al mundo adulto generan diversas interpretaciones, desde la perplejidad hasta el miedo y el horror.

Es preciso comprender la construcción de la infancia en nuestro contexto, identificando aquellos elementos particulares de nuestra

realidad social y cultural que constituyen los sentidos subjetivos con los que cotidianamente construyen sus subjetividades los niños y niñas de nuestro país. En primer lugar, es preciso analizar la construcción de la infancia como una categoría de la modernidad producida por discursos y prácticas específicos que construyeron al sujeto moderno. Siguiendo esta línea, Corea & Leckowitz (1999) definen la infancia como:

un conjunto de significaciones que las prácticas estatales burguesas instituyeron sobre el cuerpo del niño, producido como dócil, durante casi tres siglos. Tales prácticas produjeron unas significaciones con las que la modernidad trató, educó y produjo niños: la idea de inocencia; la idea de docilidad, la idea de latencia o espera” (p. 6).

Tales prácticas delimitaron un lugar simbólico para la infancia, separada del mundo adulto y resguardada esa separación por el acceso a los secretos de la sexualidad y la muerte (Corea & Leckowitz 1999). Sin embargo, en la contemporaneidad tales fronteras se han desdibujado por la penetración del mercado y los medios masivos de comunicación en la esfera íntima de las personas, y por “el agotamiento de la potencia instituyente de las instituciones que forjaron la infancia moderna” (Corea & Leckowitz, 1999, pg. 4). Principalmente, la familia, la escuela, la iglesia, como los pilares fundamentales de la construcción de la subjetividad en la modernidad, hoy se muestran agotados, resquebrajados y deslegitimados como instancias de autoridad frente a la infancia, y su lugar viene siendo tomado por el mercado, las subculturas y los medios de comunicación. Es así como desde los años ochenta se vienen planteando las tesis de “la desaparición de la infancia” (Postman, 1995) y la “desinfantilización” o “adultificación de la infancia” (Narodowsky, 1999), así como la emergencia de nuevas infancias transgresoras de la representación del sujeto infantil de la modernidad.

Al respecto, Narodowsky (1999) propone las categorías de *la infancia hiperrealizada* y *la infancia desrealizada* como espacios de construcción de la infancia autónomos frente

a las instituciones tradicionales. La primera, es la infancia consumidora de medios y tecnologías de información y comunicación, la de las redes sociales, experta en el manejo de estas tecnologías; es una infancia que ya no ocupa el lugar de “no saber” al que la relegó la modernidad, sino que se actualiza de nueva información a cada minuto y se adelanta a los límites del mundo adulto; es una infancia que no busca ni genera un sentimiento de vulnerabilidad ni inspira protección sino más bien prevención y perplejidad por parte de los adultos, por lo tanto se construyen autónomamente y en soledad. La segunda, es la infancia de las calles, aquella que el mundo adulto con sus instituciones no pudieron contener ni ofrecer un sostén para su desarrollo, la infancia excluida e ignorada, que a fuerza de supervivencia y ante la ausencia de garantías de su bienestar han construido autónomamente una actividad económica, social y cultural que transgrede las fronteras del mundo moderno y su moralidad; esta infancia tampoco genera un sentimiento de protección ni de vulnerabilidad, sino más bien generan miedo hacia los adultos que se acercan a ella desprevenidos.

### **Subjetividad y sentidos subjetivos**

Es preciso ahora complejizar un poco más y contextualizar la construcción de la infancia en nuestra sociedad como experiencias diversas que se generan en las tensiones, las rupturas y periferias, frente a las instituciones de la modernidad, que no son reproducciones de esa categoría pero tampoco negaciones de la misma, sino realidades emergentes que se sitúan entre la reproducción y la transgresión, sin desconocer las transformaciones que generan tanto en los sujetos como en la vida social. Al respecto, es pertinente acudir al concepto de *subjetividad* como construcción que media la acción social y constituye estructuras individuales y colectivas que transforman la vida cotidiana de una sociedad (González Rey, 1999). De acuerdo

con González Rey (1999), como objeto de conocimiento la subjetividad ha ganado una legitimidad ontológica en la comprensión del sujeto del conocimiento. Como proceso constituyente intersecta los procesos de los sujetos en la matriz de su sociedad y por esa vía constituye la vida social en un momento histórico y un contexto espacial específico. Así la define:

La subjetividad está organizada por procesos y configuraciones que permanentemente se interpenetran, están en un constante desarrollo y muy vinculados a la inserción simultánea del sujeto en otro sistema igualmente complejo, que es la sociedad, dentro de la cual el sujeto tiene que seguir los retos y contradicciones de desarrollarse a través de sistemas diversos, en los cuales él no es más que uno de los elementos constituyentes, sistemas que no se organizan necesariamente de acuerdo con las necesidades actuales de organización y desarrollo de la subjetividad individual (p. 83).

La subjetividad está constituida en el sujeto y en los espacios en que vive pues el carácter relacional e institucional de la vida social implica la configuración de relaciones en el sujeto a través de sus distintos momentos vitales y en los espacios sociales en que esas relaciones se producen (González Rey, 2006). Así, se distingue entre una subjetividad individual y una subjetividad social, como momentos diferenciados de construcción de la acción social. En la vida cotidiana los sujetos establecen relaciones que vinculan los procesos simbólicos y emocionales en estados dinámicos de relación a través de los cuales perciben, sienten y piensan el mundo; estos son los *sentidos subjetivos*. González Rey (2010) define esta categoría como “la expresión simbólico-emocional de la realidad en sus múltiples efectos, directos y colaterales, sobre la organización subjetiva actual del sujeto y los espacios sociales en que aquel actúa” (p. 251). Lo anterior implica entender

que el sentido subjetivo es inseparable de la subjetividad como proceso en el que se integran de manera tensa, múltiple y contradictoria los sentidos que están en elaboración por el sujeto en el curso de una acción y los procesos simbólicos y emocionales que circulan y son apropiados en los contextos sociales en que participa. De esta manera la subjetividad individual y la subjetividad social se entrelazan en la producción de sentidos subjetivos que se autonomizan parcialmente y se desdoblán en procesos simbólicos y emocionales que involucran a los sujetos pero también los trascienden como producciones con vida propia. Estos se convierten en referentes permanentes de procesos de subjetivación (González Rey, 2006); la historia como proceso de objetivación es traída como sentido subjetivo que es constituyente de realidad pero también es reconstituida en los diferentes sentidos subjetivos que se producen individual y socialmente.

La subjetividad social expresa la síntesis, a nivel simbólico y de sentido subjetivo, del conjunto de aspectos objetivos, macro y micro que estructuran la realidad social; así, esta se expresa en las representaciones sociales, mitos, creencias, moral, saberes, sexualidad, normas, valores, espacios arquitectónicos, etc, a través de los cuales se organizan las producciones de sentido que configuran una sociedad. Estos elementos se articulan en la subjetividad individual, pero esta última está mediada también por los sentidos particulares que un sujeto ha elaborado a través de su historia como persona. Es así como la historia de un grupo, colectivo o institución está mediada por la producción de los sentidos subjetivos que los sujetos en interacción generan desde sus prácticas y vivencias cotidianas a través de sus historias de vida, los cuales se expresan en procesos simbólicos y emocionales que se autonomizan y constituyen la subjetividad social como objetivación que a su vez media la producción de sentido por parte de los

sujetos en una relación dialéctica. Estos sentidos subjetivos también se estructuran en configuraciones estables históricas y contextuales que enmarcan la producción de sentidos subjetivos en culturas o grupos específicos, estas son las *configuraciones subjetivas*. Así, estas configuraciones subjetivas son contextuales y enmarcan temporal y espacialmente la producción de sentidos subjetivos.

Como contexto social y cultural de relaciones, la violencia en Colombia ha generado sus propias configuraciones subjetivas que han mediado la producción de sentidos subjetivos y han estructurado las subjetividades sociales e individuales de los colombianos a través de la historia. Estas estructuraciones de la acción social y configuraciones subjetivas han generado también sentidos subjetivos en la tensión con las configuraciones subjetivas propias de la modernidad, como la construcción moderna de la infancia como categoría histórica. Estos choques, rupturas, contradicciones, entre la configuraciones subjetivas de las sociedades modernas y aquellas generadas por la objetivación de las relaciones y procesos generados por la violencia en nuestro país, constituyen la fuente de los sentidos subjetivos que se estudian en este artículo, a través de las subjetividades sociales e individuales que se expresan en la literatura colombiana del último siglo, especialmente en el cuento.

### **Análisis textual**

El acercamiento a las subjetividades infantiles de la violencia en Colombia se propone en este artículo a través del análisis textual de una muestra teórica de los cuentos colombianos de los últimos cincuenta años. Un análisis textual, tal como lo explica Barthes (1993), es un ejercicio de análisis sobre el lector de los textos, no sobre el texto en sí mismo ni su estructura sintáctica o semántica, tampoco este ejercicio recae sobre la biografía o las intenciones de sus

autores, sino que, más bien, propone comprender los posibles sentidos que se puedan desplegar en su lectura, es decir, la significación de los textos. Este método de análisis de los textos se pregunta entonces por las referencias de sentido que permite abrir la lectura de un texto para captar las relaciones que este establece con el mundo planteándose la pregunta por qué mundo traen a la mano las proposiciones que ofrece un texto y las referencias posibles que se abren para sus lectores (Ricoeur, 2006); la pregunta final que se plantea el análisis textual es ¿a qué mundo nos invita el texto?, ¿qué mundo pensamos y sentimos a partir de los textos?.

Para lograr un análisis textual es preciso entenderlo en tres niveles (Barthes, 1993):

a) Nivel de las funciones: En el primer nivel se divide el texto en segmentos cortos y continuos que marcan los posibles sentidos que emergen en la lectura del texto; estos sentidos son denotados con *códigos*, que pueden ser: cronológicos, sociales, culturales, geográficos, psicológicos, accionales, discursivos, políticos, etc. Estas unidades son denominadas *lexías* o significantes textuales. En cada *lexía* se identifican y analizan los sentidos posibles que puede suscitar la lectura; una *lexía* puede tener más de un sentido. La clave en este nivel de análisis es buscar la intertextualidad, o en palabras de Ricoeur serían los referentes posibles de mundo que se abren en la lectura.

b. Nivel accional o de las acciones: Se identifican y analizan en este nivel las secuencias de acción que se inician y desarrollan durante la narración, sin importar si la secuencia se presenta de una manera lineal o en otro orden. En este nivel se analizan las relaciones que establecen los personajes entre sí y con la trama narrativa y el contexto; estos no se entienden como agentes sino como parte de un desarrollo narrativo.

c. Nivel narrativo: En este nivel se analizan los “signos de la narratividad” (Barthes,1993) entendidos como las marcas que permiten identificar características de los tiempos narrativos, la voz del autor y la posición del lector, el género literario y también las relaciones con el espacio y con los referentes en el mundo con los que dialoga la narración, en el nivel de los referentes concretos y de las metáforas que pone en diálogo en el texto.

Es importante recordar que los tres niveles se integran y dialogan entre sí y que la labor del análisis textual no pretende ser exhaustiva sino que es un ejercicio de diálogo con algunos de los sentidos que propone el texto y las relaciones que puede generar y transformar con su contexto.

Para hacer el análisis textual de los cuentos colombianos se seleccionaron diecisiete cuentos de distintas regiones y periodos cronológicos (ver en anexo su sistematización), a los cuales se aplicaron los niveles del análisis textual con ayuda también del Software Atlas-Ti con el cual se construyeron las dos familias de códigos: subjetividad individual y subjetividad social, cuyos hallazgos se muestran a continuación

### **Subjetividades individuales**

Siguiendo la categoría de subjetividad individual de González Rey (1999,2006), se agrupan en este concepto los sentidos subjetivos que se han elaborado en la historia personal a través de las interacciones y prácticas sociales. A partir de lo hallado, se podría afirmar que las subjetividades infantiles se estructuran principalmente alrededor de las configuraciones subjetivas del hogar y el juego como espacios de interacción y mediación cultural, organizando sus sentidos subjetivos alrededor de la imaginación como función psicológica rectora en la organización de la subjetividad infantil. Es preciso ahora comprender cómo emergen

estas configuraciones en la vida infantil representada en los cuentos estudiados dentro del contexto de la violencia en Colombia.

La representación común del hogar es la de un espacio de seguridad y confianza que favorece el desarrollo de la personalidad de los niños; sin embargo, en estos cuentos se representa una construcción diferente de las relaciones en el hogar, con otros sentidos y significados. Así, para estas infancias el sentido de hogar está asociado con la violencia y con la pobreza como configuraciones que median las relaciones de socialización desde la infancia; a esta configuración están asociados los sentidos subjetivos elaborados acerca de la figura del padre y la madre principalmente. El padre está asociado directamente a la violencia y al miedo que genera su figura; sin embargo es una figura que aparece despojada de su autoridad: no es un padre al que se respeta, es un padre violento al que se teme, pero además a esta figura aparecen asociados otros significantes: es un irresponsable, borracho, conformista, frustrado, un *comemierda* (Collazos,2010 ); en últimas es narrado por los protagonistas como un niño que es una víctima del mundo y descarga su frustración e impotencia a través de la violencia; en muchos casos este personaje está ausente aunque su significante igualmente opera con esos sentidos en la configuración subjetiva. A esta figura aparece acompañando la figura de la madre quien es narrada como una mujer sumisa en muchos casos, quien recibe la violencia física y simbólica del padre, se hace cómplice de esta y también la descarga ella misma en sus hijos; sin embargo, también aparecen asociados a ella otros significantes como el amor, la protección, el cuidado de la familia, y especialmente también se expresa como una figura en la que se deposita la fuerza y la razón para mediar con la violencia del padre y del mundo.

El juego es un espacio de mediación fundamental para la construcción de las subjetividades infantiles. Aunque tradicionalmente ha sido representado como un espacio autónomo de relación para una infancia inocente y apartada del mundo, aquí vemos cómo a través de esta actividad penetra el mundo y no es un resguardo de la violencia, la muerte y la sexualidad (Corea & Leckowitz, 1999), sino que a través de esta se expresan estas violencias y hay una socialización en las mismas. Así, por ejemplo, los principales juegos de los personajes infantiles de los cuentos están relacionados con la guerra y la violencia; juegos como policías y ladrones, juegos de soldados, amos y esclavos, prisioneros, son juegos donde se incorporan claras expresiones de violencia física y simbólica. En esa actividad no están claros los límites entre la ficción y la realidad, entre lo lúdico y lo real, las fronteras se desdibujan permanentemente y es por eso que a través del juego se proyectan todas las violencias (de género, sexuales, racismo, clasismo, etc.), la lógica misma del juego va llevando a los personajes sin que puedan marcar el límite hasta que es la realidad la que los toma por sorpresa marcándoles con la inminencia del dolor y la muerte el final de su juego. Son juegos que no se quedan en la imaginación infantil y la diversión; como en la cultura misma, lo lúdico y lo trágico se mezclan a cada instante y estas experiencias transforman las subjetividades y las vidas mismas.

Anteriormente se hacía mención a la imaginación y la fantasía como actividades rectoras de la infancia (Vigotsky, 1999), esta es fundamental para entender la construcción de la infancia como experiencia. La experiencia de la infancia representada en estos cuentos es una experiencia de la soledad; si bien hay presencia de las familias y los amigos, es una infancia que se construye sola, desde la negación que el mundo impone sobre esta, mediante la

violencia, el desconocimiento, la incompreensión:

Cómo poder decirle que no se metiera conmigo, que yo vivía atormentado por problemas que ella ni imaginar podía pues no contaba con la capacidad intelectual para hacerlo [...]no es más que una indiferencia por todo, no emocionarme desde que estaba chiquito, saber que hay cosas que uno no entiende y es como si no existieran porque mi mente no da para más sencillo (Caicedo, 1972, p. 120, 122).

La infancia es objeto de violencia, vigilancia, represión moral, culpa por la vida desgraciada de sus padres, y enajenada de su propia experiencia infantil se refugia en la soledad de su imaginación. El mundo de los sueños se manifiesta como un lugar a donde huir de una vida aplastante de la propia experiencia, donde se llevan los miedos, los anhelos, donde se pueden expresar estas emociones, pues otro de los elementos hallados en los cuentos es la vergüenza que ha generado en nuestra cultura expresar las emociones, sobre todo para los hombres, más bien eso es algo que se vive sin comprenderlo y en soledad. Las emociones son algo que distraen de la vida, son signo de debilidad, hemos aprendido a vivir en un mundo de la acción, donde sólo hay tiempo para sobrevivir. Se explica también desde aquí el lugar de la memoria en nuestras narraciones: la memoria es una zona íntima, algo que siempre está en peligro pues la amenaza un presente congelado en el que vivimos, un presente en el que envejecen los cuerpos y los objetos y ciudades se deterioran, pero los seres humanos se quedan fuera del tiempo, fuera de sus memorias y narraciones, enajenados en el presente:

Es como si el recuerdo se encargara de estancar el tiempo en el juego de unos chicos para quienes ya no tiene sentido su transcurrir. Así, mientras madre habla, mi pensamiento transita por una región creada exclusivamente

por nosotros, un espacio vetado para quienes la vida no ha sido un juego, para quienes cuentan el tiempo con instrumentos de medida" (Izquierdo, 2002).

La subjetividad como creación se produce en medio de estos sentidos contradictorios de la vida: la cultura es espacio de transmisión y de transgresión, una obra de arte puede ser profanada al arañar obscenidades en sus imágenes o al hacer un chiste con su nombre, la religión puede preservar el orden moral o puede pervertirlo, un cuento puede ser un medio para la fuga hacia las "islas encantadas" (Caicedo, 1972) ante lo crudo de la realidad, la sexualidad es represión, lúdica y es violencia que acompañan el descubrimiento del cuerpo propio y el de los otros.

Son estos los sentidos subjetivos que transforman las subjetividades sociales y son transformados por estas en una interacción continua entre el sujeto y su cultura. Para completar el análisis de esta relación dialéctica es preciso ahora comprender las subjetividades sociales que estructuran estas relaciones y sus sentidos subjetivos en contextos específicos, construyéndose en esta relación dialéctica la realidad social.

### **Subjetividades sociales**

La violencia es el eje central en la constitución de las subjetividades sociales y atraviesa con sus distintas expresiones las relaciones de parentesco, la amistad, el amor, la sexualidad, el juego. La primera forma como se manifiesta la violencia es la violencia social, es decir, aquella violencia generada por la desigualdad y la inequidad, y que se expresa en la violencia urbana y juvenil, la violencia rural y el desplazamiento, el clasismo, el racismo. La pobreza es el principal efecto y fuente de la violencia social; alrededor de esta se generan dinámicas de exclusión y explotación que son referentes de construcción de subjetividades en todas las clases sociales. A pesar de los dramáticos efectos de esta violencia también genera

espacios de aceptación y más que eso de celebración; las personas celebran alrededor de una injusticia social, un linchamiento, el castigo de un chivo expiatorio y alrededor de la violencia se construye la fiesta:

No había llegado aún al matadero cuando oí los primeros gritos y vi que un muchacho salía con la cara salpicada de sangre. Detrás de él, una gruesa y bamboleante mujer, con un cuchillo en la mano, sosteniendo en la otra un pesado paquete de piltrafas, gritaba:

—¡Ladrón, ladrón de mierda!  
¡Maricón, ladrón de mierda!

Y diez metros más adelante, el muchacho caía al suelo, retorciéndose: la mujer se tiraba sobre su cuerpo y le quitaba la lonja de carne, delgada, todavía con algunos residuos de pellejo sin desprender. El muchacho se limpiaba el rostro, los gritos subían y sus retorcimientos se hacían más graves: iba quitándose la sangre de los pómulos, dejando ver la herida que había interrumpido sus emanaciones para convertirse en una especie de labio abierto y blancuzco. «Te dije que ese cuero era mío», advirtió la mujer. «Aquí cada cuero es del primero que lo agarre», dijo él. Y el muchacho trataba de levantarse inútilmente porque, entonces, sí cayó extendido sobre el pavimento, disminuyendo el tono de sus lamentos: la mujer reaccionó y volvió a tirarle un lance a la cara. El muchacho trató de defenderse con el brazo desnudo: un chorro de sangre salió de la nueva herida. Los matarifes miraban: el Manco le mandaba la mano a las nalgas de la negra. Esta devolvía el gesto con una caricia en la verga del Manco. El más gordo se rascaba la espalda dejando las huellas de un rojo pálido en la camisa deshecha y el muchacho trataba de defenderse de la última arremetida de la mujer y ahora un coro regular trataba de alentarle:

—¡Te vas a dejar matar, so maricón!

—¡Defiéndete, gran marica!

Habían hecho un círculo de espectadores: el Manco le acariciaba los senos a la negra y el más gordo limpiaba sus brazos ensangrentados en ese delantal

hecho ripios que después subía hasta la barbilla.

Una hora después, era la calma. El muchacho había cedido y la mujer exhibía las piltrafas, triunfante: el trofeo de su batalla. (Collazos, 2010)

Lo anterior se entiende porque como lo argumenta Estanislao Zuleta (2015), “la guerra es fiesta” y no solamente tragedia, dolor y tristeza, y esto claramente se aplica también a su principal motor: la violencia social incrustada en las relaciones cotidianas. Es preciso entender la cultura de la violencia y de la guerra como la fiesta que se genera alrededor de esta para entender cómo a través de esta se construyen las subjetividades:

Los diversos tipos de pacifismo hablan abundantemente de los dolores, las desgracias y las tragedias de la guerra \_ y esto está muy bien, aunque nadie lo ignora \_ ; pero suelen callar sobre ese otro aspecto tan inconfesable y tan decisivo, que es *la felicidad de la guerra*. Porque si se quiere evitar al hombre el destino de la guerra hay que empezar por confesar, serena y severamente la verdad: la guerra es fiesta. Fiesta de la comunidad al fin unida con el más entrañable de los vínculos, del individuo al fin disuelto en ella y liberado de su soledad, de su particularidad y de sus intereses; capaz de darlo todo, hasta su vida. (Zuleta, 2015, p. 30).

En esa celebración de la violencia social se expresan el clasismo, el racismo, la violencia sexual y de género, en sus dimensiones físicas y simbólicas, como violencias constitutivas de las subjetividades sociales en nuestra cultura. Las principales relaciones que atraviesa la violencia social son: la familia, el juego, el amor, la sexualidad y la amistad.

La explicación de cómo la violencia es constitutiva de las relaciones al interior de la familia fue desarrollada anteriormente, al igual que el juego. Habría que agregar que

esta dimensión lúdica de la existencia humana se solapa con la violencia haciendo casi imperceptible esta última, permitiendo la instauración de los otros vínculos, el amor, la sexualidad y la amistad, en la mediación por esa violencia lúdica o esa lúdica violenta.

Es así como la amistad, el amor y la sexualidad, se construyen desde representaciones sociales que legitiman la violencia física y simbólica, y las naturalizan. En el caso de la amistad, la lúdica violenta hace parte de la construcción de relaciones de confianza dentro de los grupos, los cohesionan y hacen emerger los valores del grupo frente a los otros; un mundo igualmente violento frente al cual la amistad es el refugio del niño y el joven:

Fue cuando se vieron allí corriendo que en lugar de chocar se abrazaron, habían estudiado juntos desde primaria en el Marco Fidel Suárez, todos habían experimentado la misma ansiedad por terminar Quinto y pasar a Santa Librada que no era sino cruzar la calle, habían aprendido a nadar en Pance, aunque el Indio casi que se ahoga en una crecida y siempre fue flojo para el agua, una vez se agarraron los tres por una hembra llamada Teresa que al final resultó casándose con Armando Toro, un man que estudia dibujo arquitectónico en el Sena, el otro día se la encontraron y hablaron de los viejos tiempos (¿cuáles viejos tiempos?), que se guardaran los 500.000 pesos, que se los metieran por donde les cupiera, esa noche se pegaron la borrachera más tiesa de sus vidas y allí en esa borrachera fue que decidieron ir hasta mi casa (que ya conocían) y matarme a mí también (Caicedo, 1972, p. 139)

El amor, como vínculo de pareja, surge entre las prácticas de la represión social y los ideales románticos de felicidad y libertad personal, entre el romance, la lúdica y la violencia, como refugio donde los sujetos serían libres y como respuesta de afirmación frente a la violencia que se recibe del mundo

adulto. Marca el paso de la niñez a la adolescencia y es respuesta también a la soledad en que se construyen la infancia y la adolescencia:

Ella lo miró y se le rió en la cara y se pegó más a mí y yo le sobé su cabecita, comprendiéndola, ahora es que sé la soledad en que estaba, lo que yo significaba para ella y soy humilde cuando lo digo [...] qué absurdo estar "acompañados en ese momento, cuando no somos más que nosotros, cuando no podemos comunicar nada, ella me decía en susurros toda la historia de su angustia, lo desgraciada que eternamente era, desde chiquita había reconocido un malestar, una tarde en la finca (lloviendo) había creído comprender el acto de su vida, una ciénaga, y yo no sé, yo puede que me niegue a comprender esto, porque desde que la conocí yo alcancé cierta tranquilidad, cierta armonía, ella me decía cosas del mar, y yo cómo hacía para decirle que en el nombre del cielo se callara, que no quería que sus palabras se entendieran más allá de mí" (Caicedo, 1972 p. 133-134)

La sexualidad también emerge en esos vínculos, entre el juego, la amistad y el amor, en las contradicciones entre la represión y la libertad, acompañada del machismo, la violencia de género y la violencia sexual. El descubrimiento del cuerpo y el erotismo está mediado por los sentidos pecaminosos promovidos por la religión, la cual ha sido central en la constitución de subjetividades en nuestra cultura, la doble moral que se impone donde al tiempo que condenan el sexo los sacerdotes mismos inducen a los niños y abusan de ellos, y la sociedad conservadora condena las relaciones homosexuales al tiempo que muchos hombres de sociedad las practican junto con la pedofilia. Es en esos intersticios en que se cruzan la moral, la violencia y el cuerpo como objeto de consumo, en que se elaboran los sentidos subjetivos de la sexualidad y las subjetividades sociales que median la construcción de la sexualidad en los protagonistas de estas historias.

La memoria colectiva es un fantasma evanescente, la Historia ocurre lejos, pasa por las vidas de los personajes pero no deja su huella, mientras se intenta dar forma al presente. El cine, la televisión, la música, brindan referentes permanentes para la construcción de subjetividades sociales, para narrarse colectivamente, apropiando símbolos del cine norteamericano, de la salsa, la música clásica, el jazz, el rock, brindan mundos creados y para crear. Todo eso trae los ecos de la nostalgia, el amor, la tristeza, la rebeldía, y la guerra también impregna fuertemente como cultura los mensajes que reciben en el cine y la televisión.

La guerra es algo que para ellos ocurre lejos, es incomprendida y es adorada a veces, causa miedo y fascinación, no pueden entender cómo hay gente capaz de destruir a otros, de borrar su dignidad, no pueden entender quiénes son los ganadores en una guerra de sólo perdedores y sienten esa guerra tan lejana pero a la vez tan cercana a sus fantasías:

Ya nos era imposible representar una guerra en donde todos eran perdedores, en donde no había diferencia entre los héroes y los villanos, y ante la cual, los anteriores juegos no eran más que cuentos de hadas. (Izquierdo, 2002).

Es así como las violencias social y armada proponen mundos para los sujetos, subjetividades sociales atravesadas por los sentidos subjetivos del extrañamiento, el miedo y la fascinación, que median la construcción de cada uno de los espacios de cotidianidad de los sujetos en nuestra sociedad.

## Conclusiones

El análisis textual es una herramienta muy pertinente para desentrañar las realidades ocultas, públicas y privadas, los sentidos subjetivos y configuraciones que subyacen al texto de la cultura. No es un ejercicio

exhaustivo ni representativo, más bien opera con la lógica de la abducción al develar mundos posibles que se originan a partir de nuestros textos. Es válido preguntarse por nuestras subjetividades a partir de los cuentos colombianos, pues aún cuando fueran ficciones, aunque no lo son completamente pues en toda escritura hay huellas de las experiencias de los autores y su contexto, estas presentan formas de existir condicionadas por contextos culturales y relacionales específicos, que hablan de nuestra propia historia como sociedad. Como observación metodológica es relevante señalar que aunque se procuró hacer una revisión completa de los cuentos con personajes infantiles, no es tan fácil acceder a estos y mucho más difícil a historias de personajes infantiles femeninos, por lo cual siempre es posible que quede por abordar otras experiencias sobre la infancia representadas en el cuento. La noción misma de subjetividad infantil queda ampliamente desdibujada al encontrarnos con subjetividades claramente atravesadas por las dinámicas del mundo adulto, aunque es importante señalar que siempre se insinúa aún en los contextos más violentos algún lugar para la fantasía y la imaginación como motores de la experiencia de la infancia. Esta es una experiencia construida en los bordes de la institución moderna de la infancia, atravesados por los sentidos de la violencia, la sexualidad y la muerte, pero también por el juego y la fantasía.

A partir de aquí podríamos entender que somos hijos de la violencia y es por eso que es tan difícil reestructurar y resignificar las configuraciones subjetivas y sentidos que han construido nuestra historia como sociedad en guerra. Sin embargo, es posible desde la cotidianidad abrir nuevos espacios para la subjetividad, proponiendo sentidos, significados alternos y prácticas de socialización alternativas en el ejercicio de construcción de una cultura incluyente y que reconozca las experiencias diversas que se viven en los distintos vínculos humanos.

## Bibliografía

Agudelo Mejía, Daniel, (2004). "Desde esta orilla del crepúsculo". En *Desde Esta Orilla del Crepúsculo*. Medellín: Intacto Magazine

Barrero Cuellar, Edgar. 2006 *De Macondo a Mancuso: Conflicto, Violencia Política y Guerra Psicológica en Colombia*. Bogotá: Desde Abajo

Barthes, Ronald., 1993. *Introducción al análisis estructural de los relatos*. Buenos Aires: Centro editor de América Latina

Caicedo Andrés. 1972. "El tiempo de la Ciénaga". En *Angelitos empantanados (o historias para jovencitos)* Biblioteca Andrés Caicedo. Cali: Verticales de Bolsillo

Collazos., Oscar. 2010. *Cuentos escogidos (1964-2006)*. Biblioteca de Literatura Afrocolombiana. Tomo VI. Ministerio de Cultura. Colombia.

Corea & Leckowitz (1999) *¿Se acabó la infancia?: ensayo sobre destitución de la niñez*. Buenos Aires: Lumen

Fals Borda, Orlando; Guzmán Campos, Germán y Umaña Luna, Eduardo 1962 *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* (Bogotá: TercerMundo) Tomo I.

Fundación Dos Mundos. 2009. *Cuentos para no olvidar el rastro*.

González Rey, Fernando 1999. *Epistemología cualitativa y subjetividad*, Ciudad de la Habana: Editorial Pueblo y Educación.

González Rey, Fernando. 2006 "La subjetividad como definición ontológica y sus implicaciones para la investigación cualitativa en ciencias sociales. En *Investigación Cualitativa y Subjetividad*. Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. Guatemala.

González Rey, F (2010) "Las categorías de sentido, sentido personal y sentido subjetivo en una perspectiva históricocultural: un camino hacia una nueva definición de subjetividad". En *Universitas Psychologica*, Vol 9, No 1. Pontificia Universidad Javeriana, Colombia, pp. 241-253

Izquierdo. I (2002) "Cabeza de Angel". En *Colección de Cuentos Colombianos Selección*, introducción y glosarios de Harold Kremer. Cali: Ediciones Deriva

Kremer., Harold. 2002. *Colección de Cuentos Colombianos* Selección, introducción y glosarios de Harold Kremer. Cali: Ediciones Deriva

Mendoza. V (1984) *Cuentos de autores Guajiros.* Guajira: Ediciones Canto de Cuya

Narodowsky, Mariano. 1999 *Después de clase. Desencantos y desafíos de la escuela actual.* Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas.

Pérez. L. 2001. Los muertos tienen mala reputación. En *Cuentos sin Antifaz*. Bogotá: eLibros Editorial S.A.S

Postman, N. (1995). *La desaparición de la infancia*. Barcelona:Eumo.

Ricoeur, Paul., 2006. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido.* México D.F.: Editorial siglo XXI.

Vigotsky Lev. Semionovich.1999. *Imaginación y creación en la edad infantil*, Ciudad de la Habana: . Editorial Pueblo y Educación

Zuleta. Estanislao (2015) *Sobre la Guerra. En Colombia: violencia, democracia y derechos humanos.*Editorial Planeta Colombiana.

## Anexo: Sistematización de cuentos que constituyeron el corpus de la investigación

Título del cuento	Autor	Ciudad del relato	Cronología	Temas	Personajes
El prisionero de papá	Harold Kremer	Cali	Actualidad	Maltrato infantil Violencia, pobreza	Niño protagonista Niño prisionero Padre secuestrador Madre Yaira
El lento olvido de tus sueños	Oscar Collazos	Buenaventura	Años sesenta	Violencia social, racismo, maltrato infantil	Protagonista: Niño Padre de niño Madre Hermano Niños del colegio
1 (biografía del desarraigo)	Oscar Collazos	Buenaventura	Años sesenta	Violencia social, racismo	Protagonista: niño
3 (biografía del desarraigo)	Oscar Collazos	Buenaventura	Años sesenta	Violencia social, racismo	Niño Padre Madre
Las puertas del infierno	Oscar Collazos	Bogotá	Años sesenta	Violencia social	Pichita Trabuco Rolo [niños de la calle]
Las causas perdidas	Oscar Collazos	No especifica	Finales de años	Violencia política, sexualidad	

			cincuenta: caída de Rojas Pinilla		
Don Pacho_ que en ´paz descanse_ siempre fue un tipo bien	Oscar Collazos	Buenaventura	No especifica	Moral cristiana, sexualidad, ciudad	Efraín, Alberto  (dos hombres adultos que recuerdan su infancia)  Don Pacho
El revés de la trama	Oscar Collazos	No especifica	Años sesenta	Adolescencia, violencia familiar, paternidad	Protagonista adolescente  Padre  Madre
Invitada del tiempo	Oscar Collazos	Buenaventura	Años sesenta	El tiempo, la memoria, la paternidad, la familia, la sexualidad	Adriano (adolescente)  Abuela  Maestro de Adriano  Padre de Adriano
Los muertos tienen mala reputación	Lina María Pérez	Bogotá	Actualidad	Violencia social	Leonardo (niño de la calle)  El Motas (amigo)  Don Tacho
El tiempo de la ciénaga	Andrés Caicedo	Cali	Años setenta	Violencia social, exclusión, amor, amistad, adolescencia	Protagonista (adolescente)  Angelita  Madre de protagonista  Sirvienta  El Mico, el Indio, el

					granuliento
Desde esta orilla del crepúsculo	Carlos Daniel Agudelo Mejía	Medellín	Años noventa	Sexualidad, violencia social, violencia sexual	Protagonista (travesti que recuerda su infancia)  Padre  Madre  Partera
Juego de niños	Giovanny Oquendo	Medellín	Años ochenta	Infancia, juego, violencia, sexualidad	Protagonista (niño de 8 años)  Otros niños:  Narciso, Cacha, Miguel, el Chino
Esa horrible costumbre de alejarme de ti	Vicente Siosi Pino	Guajira	Actualidad	Trabajo infantil, pobreza, racismo, identidad	Protagonista: niña de la etnia epiyú  Mamá  Motsas (niño)  Flor (madrina)  Natividad, Guillermina  Olar
Tenaz, hermano	Gabriel Jaime Alzate	No especifica	Actualidad	Desplazamiento, violencia social, guerra	Dos adolescentes que hablan de su historia y su familia
Cabeza de ángel	José Ignacio Izquierdo	No especifica	No especifica	Violencia social, juego, guerra	Protagonista (adolescente que ha sido

					internado por matar a su padre) Madre Padre Amigos: Daniel, Alvarez, Clemencia
El sexto mandamiento	Juan Fernando Merino	No especifica	No especifica	Religión, mujer, amor, violencia sexual	Protagonista (niña) Tía Guillermina Madre superiora Carlos Anibal
Una familia feliz		Contexto rural no especifica región	No especifica	Familia, desaparición forzada	Protagonista (niño hijo de un desaparecido) Madre Amiguita de niño